

Licenciado en Educación Primaria y Técnico Medio en Contabilidad. Graduado del Centro de Formación Literaria "Onelio Jorge Cardoso" 2010. Grupo de Creacion Literaria: Expedición, Instantes como islas, Antología, Ediciones Latin Heritage Foundation, 2012. Premio en Literatura Infantil, Concurso Nacional Francisco "Paco" Mir Mulet 2010. Primer Premio en Cuento, XIV edición del Premio Farraluque de Literatura Erótica 2010.

Ariel Sánchez Rodríguez

La Habana, 1974

Quinto Accésit

BELASCOAIN

-¿Papá, por acá estuvo el jefe de sector? -dice Mauricio, preocupado.

-Bueno, no que yo sepa -dice el padre-. ¿Y por qué debía venir?

-Nada importante -dice Mauricio-. Pero me vio con Ricardo y no me gustó la forma en que me miró. Tú sabes que a él le gusta encender fuego sin leña.

-Mira bien con quien te juntas -dice el papá-, que tú no eres un negro cualquiera. Báñate, que ya es tarde. En la cocina tienes tu plato: arroz amarillo con huevo hervido y aguacate.

Los albores de la mañana sorprenden a Mauricio liándose en una marejada de personas, que como él, despiertan temprano para llegar a tiempo a su destino. Me voy con el negrito de la mochila azul, dice el chofer de la guagua. Las puertas automáticas fusionan a Mauricio y al resto de los pasajeros que a duras penas lograron subirse, en un boliche humano que se mueve a merced de las fuerzas centrífugas. Un boliche misceláneo, impregnado de carteristas y masturbadores ciudadanos que no pierden la oportunidad del filón. La señora que viaja delante de él, sobrecargada de bultos, lo mira a cada instante, pero Mauricio no repara en su insistencia, aunque nota un pavor infundado en sus ojos:

-¿Tú serías tan amable de despegarte un poquito? -dice la señora, mirándolo incisivamente.

-Discúlpeme -dice Mauricio, cooperativo-, pero no tengo para donde.

-Es que con ustedes nunca se sabe -dice la señora, con voz fastidiosa.

-¿Qué insinúa usted, señora? -dice Mauricio.

-Tremendo verbo que tiene el niche -dice uno de los pasajeros que está a su lado.

-Dejen esa bronca -dice el chofer-, que nadie está para eso.

-Mire, señora -dice Mauricio, con el afán de ponerle punto final a la comenzada discusión. Lo único que me importa es llegar temprano a la Universidad y ya.

-Óiganlo -dice la señora, mirándolo burlesca-. Tú tienes tipo de cualquier cosa, menos de universitario.

-Que los negros también tienen derecho -dice el pasajero-, señora.

-Se le agradece la ayuda -dice Mauricio, dirigiéndose al pasajero-, pero no la necesito.

-Cuando ustedes estudian un poquito -dice la señora, engréida-, se creen blancos...

La guagua se detiene en la parada de la Universidad, Mauricio se abre paso entre el gentío y se baja sin prestarle más atención a la señora, que le grita algunos improprios cuando este le sonrío desde la acera.

Mauricio departe con algunos compañeros de aula antes de iniciar las clases del día:

-Tú eres un negrito inteligente -dice una muchacha-. Vas a terminar con buen promedio.

-Este negro es blanco -dice un muchacho, pasándole un brazo por encima de los hombros.

-Hago lo mismo que puede hacer cualquiera -dice Mauricio, algo retraído.

-Qué rápido se te sube la gloria para la cabeza -dice otra muchacha, de tez nevosa-. No puedes evitarlo, lo llevas en la sangre...

Mauricio la mira, sus ojos africanos la embisten. Ella le devuelve la mirada, altanera.

-Qué fácil lo ves todo -dice Mauricio, mientras retoma su mochila dispuesto a marcharse. Belascoain no es precisamente el Vedado.

El timbre enfría los ánimos y todos se aprestan hacia las aulas. Mauricio camina despacio, algo desganado. Sus pensamientos están más allá de las sillas y los austeros pupitres:

¿Qué se pensará la blanca esta? -piensa-. ¿Que puede pasar por encima de todos y de todo porque el papá es viceministro? Su boca solo se abre para ofender a los demás, para martillarte hasta la mirada, con tal de salirse con la suya. Piensa que el color de la piel lleva implícito el nivel de inteligencia o viceversa. Esta es la gente que echa a perder un saco completo.

Si el timbre no acaba con la lata histórica que está dándonos el profesor, tendré que pedirle permiso para salir a desayunar algo en la esquina, digo, si no me desmayo antes.

Mauricio sale de la biblioteca enfrascado en una conversación con otra muchacha:

-La cosa no es tan simple -dice Mauricio-, la vida está llena de matices.

-Quizás -dice la muchacha-, pero lo que dices no tiene sentido alguno. Es un pensamiento machista.

-¿Machista yo? -dice Mauricio, separándose de ella para responder al llamado insistente de sus amigos-. Otro día vemos eso, cuídate.

-¿Qué pasa caballero? -dice Mauricio-. Vamos para el comedor, que resolví unos tickets.

-Chama, como te gusta la leche sin café -dice uno de sus amigos.

-Eso es amistad nada más -dice Mauricio, aclarando su posición.

-Sí, cómo no -dice otro de los amigos-. Mis padres también eran muy amigos, y mira la edad que tengo.

Mauricio intenta responderle, pero las carcajadas grupales se lo impiden.

-En serio, caballero -dice Mauricio, rompiendo el jolgorio-. Ella es una buena persona, solo eso. Parece mentira que te pongas en eso, Félix.

-Negro -dice Félix-. Mira que para clasificar en esa liga tienes que hacerte apostólico...

-Y lo tuyo es la religión Yoruba -dice el otro amigo.

-Yo no creo en nada -dice Mauricio, restándole importancia a la conversación.

-¿Dónde se ha visto un negro que no tenga sus deidades detrás de la puerta? -dice Félix, apuntalando su opinión.

-En eso también te equivocas -dice Mauricio.

-Oye, que cualquiera consigue una blanca -dice Félix, endureciendo sus palabras.

-Dejen la bobería -dice el otro amigo-. Y vamos a chocar con la caliente.

-No voy a dejar nada -dice Mauricio-. Este se cree mejor que yo porque es más clarito de piel.

-¿De qué bobería hablas? -dice Félix, contraatacando-. Estás viendo fantasmas donde no los hay.

-Tú siempre estás con tu tiradera de cuchillos -dice Mauricio, mientras se quita la mochila de la espalda.

-Te crees el cabrón relator de los derechos humanos -dice Félix. Sus gestos llaman la atención de otros estudiantes que merodean por el lugar-. Y no pasas de ser un negro engreído.

-No me jodas, Félix -dice Mauricio-. Vamos a ver si mis puños te hacen cambiar de opinión.

-Ustedes no van a hacer nada -dice el otro amigo, manteniéndolos a una distancia prudencial-. Esta discusión se acabó aquí. Vamonos Félix. Mauricio vete y refresca, mañana nos vemos.

Mauricio agarra su mochila y le dirige una mirada amenazante a Félix, que lo desafía, devolviéndole una similar. Sin mediar nada más entre ellos, Mauricio se adentra en la muchedumbre estudiantil que aguarda a la entrada del comedor, sus nervios huracanados comienzan a disminuir de categoría. Algunos estudiantes todavía le siguen con el rabillo del ojo, los más curiosos, a sus espaldas, indagan por detalles de la incipiente riña. Mauricio camina hasta el final del pasillo, busca escapar de las lenguas sediciosas que de seguro lo crucificarán. Se siente como un trofeo en plena exhibición pública.

-Mauricio -dice un estudiante, interrumpiendo su quietud-, te busca el vicedecano.

Ahora si estoy jodido, piensa.

-Siéntate -dice el vicedecano, mientras pasea un bolígrafo entre sus dedos.

Los ojos de Mauricio se pasean por la oficina, deteniéndose en cada uno de los tantos libros que componen el librero que esconde la pared posterior. A ambos lados, sendas ventanas de persianas de aluminio ventilan el espacio entre él y el vicedecano, que antes de iniciar la conversación atiende una llamada telefónica. Sobre el buró, una andanada de memos y documentos apenas le dan espacio libre a sus codos. La espera aumenta los niveles de adrenalina en su torrente sanguíneo, sus orejas son un par de brasas humeantes.

-Tengo entendido que eres muy buen estudiante -dice el vicedecano, apenas sin levantar la vista-. ¿Qué fue lo que sucedió allá abajo?

-Cosas que pasan -dice Mauricio, esquivando los ojos del vicedecano, que buscan los suyos, implacables.

-Pero que por nada del mundo pueden suceder aquí dentro -dice el vicedecano, fustigándolo-. Yo no sé, ni me interesa, si en tu barrio las cosas se resuelven de ese modo, o si alguien de tu familia te enseñó a hacerlo. Mi deber es velar porque aquí ustedes estudien, y solo eso. Cualquier otro tipo de conducta extraescolar, es completamente censurable... y cuesta la expulsión.

Las palabras del vicedecano avivan los recuerdos de Mauricio: si me vuelven a llamar de la escuela para darme quejas tuyas, te rompo el lomo y después te mando para los muelles, a ver si de verdad tú eres un negro guapo, le dijo el padre en una ocasión. Aquel día vagó por Belascoain hasta bien entrada la noche, barajó la posibilidad de enfrentarlo o irse de la casa antes de que fuese demasiado tarde. Pero concluyó ingresando a la Universidad, el gran sueño frustrado de su padre, y la meca inalcanzable de muchos de sus compañeros de juego. De los mismos que ahora rehuye, por tal de que no le empantanen su futuro. Apártate de esa gentuza, le recuerda el padre a diario, si no quieres pasar como un negro más por esta vida.

-¿Tiene algo que decir al respecto, joven? -dice el vicedecano, más pausado.

-Estoy muy apenado por lo sucedido... -dice Mauricio.

-Eso espero -dice el decano, interrumpiéndolo-. Trate de ser más juicioso en lo adelante. La próxima vez no seré tan imparcial. A veces hay que usar la cabeza, que para algo la llevamos

sobre los hombros, no todo se resuelve con los puños. Incorpórese, que se le acaba el horario de almuerzo.

La muchacha de la biblioteca lo intercepta a mitad de la escalera, preocupada por su situación:

-Recé mucho por ti -dice la muchacha-. ¿No te expulsaron, verdad?

El rostro enlutado de Mauricio le inquieta su mirada.

-¿No estoy todavía aquí, frente a ti? -dice Mauricio, relajándose.

Ella le devuelve una sonrisa bruñida.

-Tienes que controlarte más -dice la muchacha, aconsejándolo-. Para ti debe ser difícil, porque lo llevas en la sangre, pero...

-¿Tú también crees que solo servimos para deportistas y ladrones? -dice Mauricio, saliéndole al paso-. Mejor hablamos en otro momento, ahora tengo un apetito más grande que yo.

-¿Puedo sentarme contigo? -dice un estudiante, con la bandeja del almuerzo en las manos.

-Claro Dany -dice Mauricio, muy atento-. ¿Y por qué no?

-Es costumbre -dice Dany, cabizbajo-, yo siempre pregunto.

-Pero siéntate -dice Mauricio-. ¿Por qué, estás enfermo?

-Bueno, casi... -dice Dany, revolviendo la sopa-. Soy maricón.

-Ilumíname -dice Mauricio, apoyándolo-. Porque hasta donde conozco, eso no es una enfermedad.

-Para muchos hombres, sí -dice Dany.

-¿Cómo está la cosa, Mauri? -dice otro estudiante, incorporándose a la mesa.

-Luchando con los exámenes -dice Mauricio.

-¿Cómo te llevan las jebitas? -dice el estudiante-. El otro día me empaté con la rubia del 2, y no le chupé los pies porque los tenía sucios. Qué clase de jeba Mauri, no hay hombre que se le resista a un pastelito así.

Mauricio advierte la intencionalidad en las palabras de su compañero de aula, e intenta darle un giro al animado diálogo:

-Cambiando de tema, chama -dice Mauricio, fingiendo interés-. ¿Saliste por fin de la Matemática I?

-La prueba es la semana que viene -dice el estudiante-. Pero eso ahora no viene al caso, chamaco. Todavía no te he contado la mejor parte de la historia...

-Bueno, ya me voy -dice Dany, con más de la mitad del almuerzo aún en la bandeja.

Mauricio lo despide con un leve movimiento de los dedos de la mano derecha y permanece en silencio.

A este no le echaron el tinte gris cuando le hicieron la materia cerebral, piensa, mirando a su compañero de aula:

-Te salvé de ese, mi socio -dice el estudiante, como vanagloriándose de su actitud.

Mauricio toma su mochila y se levanta:

-Nos vemos en el aula -dice Mauricio-. Se me quitó el hambre.